

ALMA MATER

¿POR QUÉ LA PANDEMIA DE LA COVID-19
NO ES UNA GUERRA?

P. 4

LAS PANDEMIAS EN LA GLOBALIZACIÓN CONTEMPORÁNEA

P. 6

CINCO ROSTROS DEL MIEDO

P. 10-11

LA LIBERTAD DE IR POR AHÍ

P. 14

Edición especial

Palabras en tiempos de crisis

Cuando el mundo entero enfrenta los embates producidos por la pandemia de la covid-19 y una oleada de noticias —temerosas casi todas— invade las pantallas, *Alma Mater* invoca en esta edición especial la palabra básica. Once palabras. Once tonalidades. Once escritores universitarios de diversas vocaciones y trayectorias académicas ofrecen aquí sus reflexiones sobre estos tiempos complejos.



FABIO HUMBERTO GIRALDO JIMÉNEZ*

#PODER

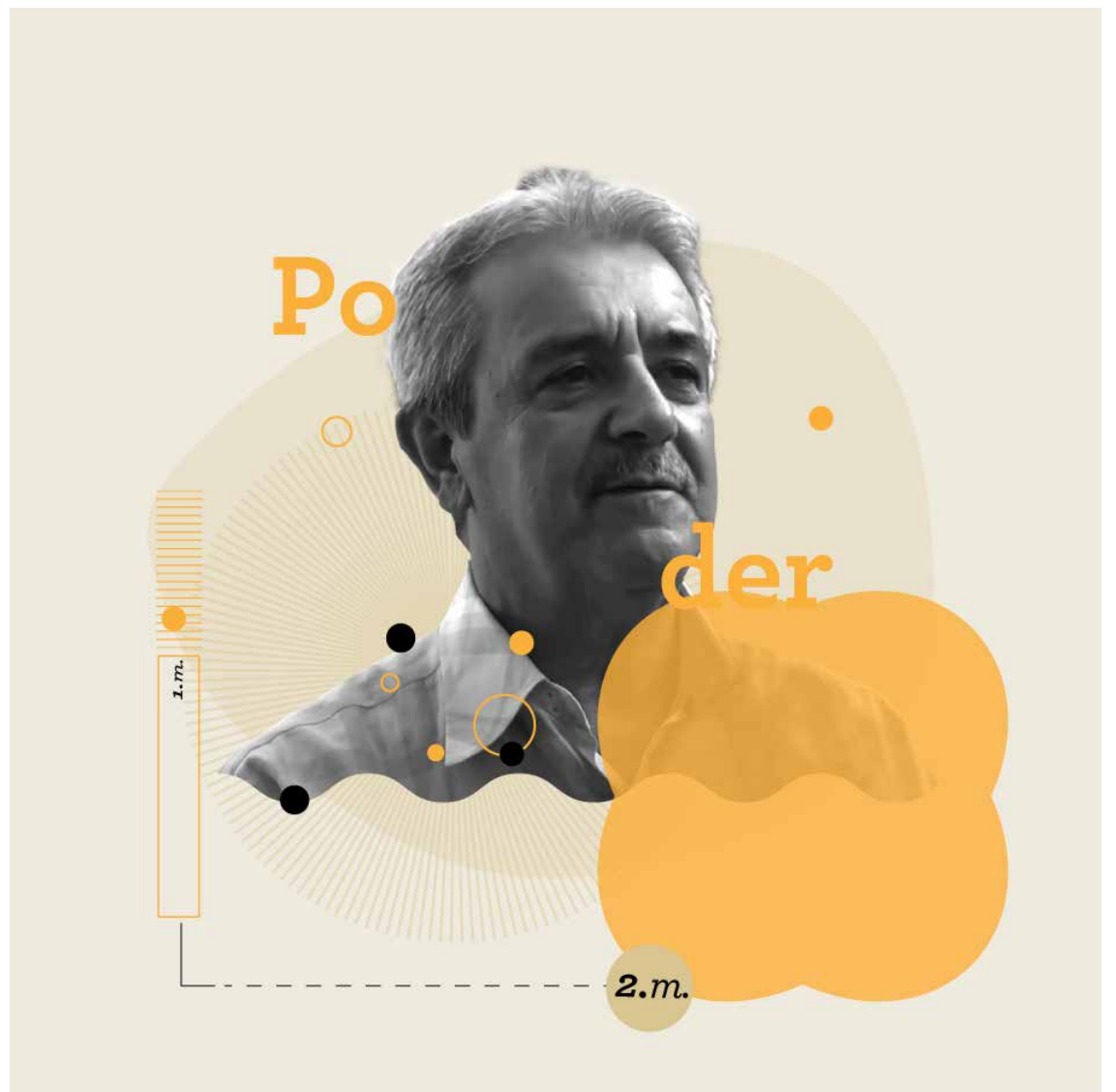
Salud pública y salvación nacional

La ciencia actuarial puede interpretar el pasado y presente de situaciones económicas complejas —sobre todo financieras—, y predecir su futuro mediante razonamiento algorítmico y adecuados modelos matemáticos para calcular ventajas y desventajas de la inversión. Su capacidad predictiva le permite gestionar, controlar e inducir el futuro en la medida en que se gestione, controle e induzca el presente.

Es la ciencia del capitalismo financiero porque sirve a su propósito de acumular el «estiércol del diablo» que es el capital, y de concentrar y manipular el poder económico y político en todos los niveles, no solo por presión directa sino por coacción sistémica. En la poderosa capacidad predictiva del conocimiento actuarial basa el capitalismo financiero su fuerte y extensa potencia que convierte a los Estados en mercancía sujeta a valoración bursátil. Que no tenga límites —ni materiales, ni éticos— es lo que lo convierte en salvaje, a pesar de que sea una cultura y la punta de lanza de la civilización moderna.

Pero con todo y que esta ciencia de los poderosos tenga como propósito epistemológico la minimización de los errores para evitar sorpresas estratégicas —al igual que la ecoepidemiología—, solo alcanzó a agarrar a la covid-19 por la cola y, a escasos tres meses largos de los primeros contagios, sigue pegada de la cola, sin ver más que el anca del «veneno», del virus.

Ese contraste con la impotencia de la ciencia de los poderosos es la medida de la magnitud de la crisis y de la sorpresa, pero además, la medida de la conmoción en toda la escala de la cultura capitalista y de su cadena de producción y acumulación, y de la conmoción en la administración política que los gobiernos hacen de la crisis. Vista a través de ese contraste, esta es la crisis de todas las crisis porque, en efecto, estamos todos —ricos, gobernantes y pobres— en manos de una enfermedad comunista que apenas podemos describir sobre la marcha, que aún no controlamos y



que, además, influye no solo sobre el cuerpo humano sino sobre el cuerpo social.

Pero siendo esta una enfermedad, por su primer origen, la responsabilidad de su cura se transfiere de los políticos a la



*Fabio Humberto Giraldo Jiménez es filósofo y especialista en Análisis del Estado. Es profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia, institución donde también ha ejercido como investigador y director del Instituto de Estudios Políticos, así como director general de Posgrados. Fue coeditor del libro *Las tramas de lo político. Homenaje a María Teresa Uribe de Hincapié* (2009); además, sus artículos académicos y textos de opinión han sido publicados en distintas revistas especializadas y medios divulgativos.

N.º 695
ABRIL
MEDELLÍN
2020

ALMA
MATER

ISSN 1657-4303

Rector

John Jairo Arboleda Céspedes

Comité editorial:

Elmer Gaviria Rivera · Vicerrector General
Clemencia Uribe Restrepo · Secretaria General
Patricia Nieto Nieto · Profesora de la Facultad de Comunicaciones
Fabio Humberto Giraldo Jiménez · Profesor del Instituto de Estudios Políticos
Álvaro Sanín Posada · Profesor de la Facultad de Medicina
Luis Fernando Echeverri Delgado · Profesor de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales

Carlos Mario Guisao Bustamante

Director de Comunicaciones

Luz Adriana Ruiz Marín
Jefa División de Contenidos, Medios y Eventos
Pedro León Correa Ochoa
Coordinación de edición
John S. Otálvaro Pérez
Corrección de texto
Víctor Aristizábal Giraldo
Diseño y diagramación

Portada

Foto: Juan Pablo Hernández Sánchez.

Las opiniones expresadas en *Alma Mater* son responsabilidad de los autores y solo a ellos compete.

Nota del editor:

El periódico *Alma Mater*, medio institucional de la Universidad de Antioquia, circula cada mes a nivel nacional con 50 000 ejemplares impresos. La presente edición —la 695 del mes de abril del 2020—, fue publicada exclusivamente en formato digital, debido a las contingencias de la pandemia por la covid-19.

racionalidad científica, representada en este caso por la salud pública y las ciencias médicas, que en tiempos normales son casi inocuas para el poder político y económico, salvo el uso interesado que de la epidemiología hace la industria farmacéutica privada.

Estamos, pues, en la misma situación de Adriano, el agónico emperador romano de M. Yourcenar —*Memorias de Adriano*—, quien llora su desconsuelo reconociendo que: «Es difícil seguir siendo emperador ante un médico, y también es difícil guardar la calidad de hombre». Hoy Adriano habla por todos los que, por la pandemia, nos enfrentamos a la Parca que corta el hilo, al inminente y muy democrático riesgo de muerte que es lo que hace universalmente terrible a la pandemia. Agarrados de la cola, de la misma que están agarrados los poderosos de la ciencia actuarial, esperamos que ocurra el milagro científico, que será prodigioso no por lo novedoso sino por lo salvífico.

Por eso es por lo que la soberanía política, la capacidad de decisión sobre los estados de excepción según la descripción de Carl Schmitt que cabe perfectamente en esta situación, está en manos de esa especie de «comité de salud pública» que aparece al lado de todos los gobernantes, incluido el desquiciadamente díscolo presidente de EE. UU.

La racionalidad científica y —de ella— la salud pública están en su cuarto de hora político. Que se encuentre una vacuna puede hacer mover las manecillas del reloj hasta la media hora o más allá. Pero la esperanza en la racionalidad científica depende

poder. Del lat. vulg. **potāre*, creado sobre ciertas formas del verbo lat. *posse* 'poderi', como *potes* 'puedes', *potēram* 'podía', *potuisti* 'pudiste', etc. **1.** tr. Tener expedita la facultad o potencia de hacer algo. | **2.** tr. Tener facilidad, tiempo o lugar de hacer algo. | **3.** tr. coloq. Tener más fuerza que alguien, vencerlo luchando cuerpo a cuerpo. | **4.** intr. Ser más fuerte que alguien, ser capaz de vencerlo. | **5.** intr. Aguantar o soportar algo o a alguien que producen rechazo. | **6.** intr. Ser contingente o posible que suceda algo.

de la cura científica, aunque muchos la busquen también en un sagrario, «por si las moscas».

La vacuna puede devolver el optimismo, la solidaridad, la calle, el ágora, el espacio público, la vida pública presencial, la fe en la ciencia y en la democracia y en la educación con calidad, que son sinónimos de libertad y de fe en el futuro basado en el conocimiento y en la política basada en la racionalidad científica, de defensa de la persona y de sus derechos. Su demora nos avienta al pesimismo, al encierro y al egoísmo, en los que se cultiva más la seguridad que la libertad, el poder más que la razón, el Estado más que la persona y sus derechos, la «razón de Estado» más que la razón social.

No dudo, por mi moderado pesimismo, que siempre habrá la posibilidad de una posición intermedia entre los extremos. Y espero, en todo caso, que sea más rous-

soniana que hobbesiana, más kelseniana que schmittiana y, en fin, más garantista que autoritaria.

Como no soy un experto en la cliomatemática, que es otra ciencia híbrida y muy nueva, no me permito hacer predicciones sino advertencias. En la medida en que presionen la avaricia de los poderosos, las necesidades de los informales y el hambre de los «trapirrojos», y en la medida en que escaseen los recursos estatales para los de arriba que no quieren perder y para los de abajo que todo lo tienen perdido, en la medida en que se tenga que echar mano de la expansión monetaria, el cuarto de hora de la salud pública va derivando hacia el orden público; lo cual implica contener el desespero de los trapirrojos acudiendo a la legalidad excepcional, no ya para la emergencia médica sino, además, para la emergencia económica y, más allá, para la conmoción social prescrita en los estados de excepción —artículos 212, 213, 214 y 215 de la Constitución colombiana—, de los cuales el estado de emergencia, el que se está usando —art. 215—, es la cuota inicial.

En la medida en que la realidad supere la legalidad y en que la estadística no cuente números sino «carnitas y huesitos», ese «comité de salud pública» que hoy está en su cuarto de hora político puede mudar hacia una especie de «comité de salvación pública», saltando por encima del artículo 214 que limita los estados de excepción. En condiciones más extremas que las actuales, es altamente probable que un tal «comité de salvación pública» se cree a imagen del que operó con el mismo nombre durante el Régimen del Terror de la Revolución Francesa, y que llegó a tener mucho más poder que la Convención Nacional que en esa época representaba al Estado. No es de menor consideración saber que ese «comité de salvación pública», dueño de la vida y de la muerte, traducido al francés es «comité de salut public», si bien «salut» se usa en el significado latino de «salvación».

Que en estado de excepción la democracia peligre, no me cabe duda. Y que en situaciones excepcionales siempre está a disposición la figura del dictador romano investido de poderes excepcionales que permiten interrumpir la democracia para salvarla, tampoco. Y que esas excepcionalidades pueden ser legitimadas por soberanía popular en un contexto de estado de naturaleza hobbesiano en el que, por necesidad, se entregue la libertad a cambio de la vida, menos. Y que muchos aprovechen la ocasión para acrecentar poder y riquezas, mucho menos. **ALMAMATER**

Que en estado de
excepción la democracia
peligre, no me cabe duda.
Y que en situaciones
excepcionales siempre
está a disposición la
figura del dictador
romano investido de
poderes excepcionales
que permiten interrumpir
la democracia para
salvarla, tampoco.



PABLO J. PATIÑO*

#VIRUS

¿Por qué la pandemia de la covid-19 no es una guerra?

Según el diccionario de Cambridge «guerra se refiere a un conflicto armado entre estados, gobiernos, sociedades o grupos paramilitares». Pero también se puede aplicar a «cualquier situación en la que haya una fuerte competencia entre bandos opuestos o un esfuerzo conjunto contra algo dañino». La aplicación de tal definición a la pandemia covid-19 tiene gran dificultad, pues implica atribuirle una intencionalidad al SARS-CoV-2, un ente biológico, que incluso la mayoría de los expertos no consideran un ser vivo sino una estructura macromolecular conformada por un ácido nucleico encapsulado dentro una esfera de proteínas y lípidos.

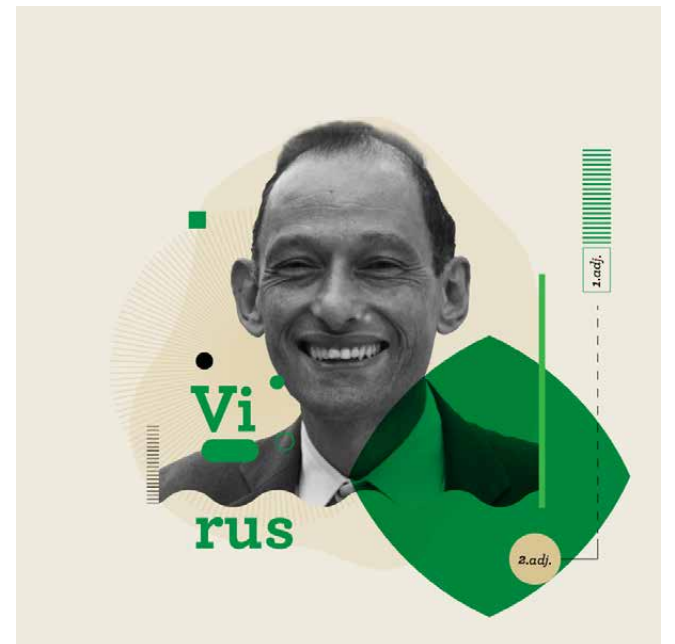
La mayoría de virus, bacterias, hongos y parásitos son benéficos para ecosistemas y seres vivos. Aunque hoy se tiene mayor conocimiento acerca del papel esencial de bacterias, se calcula que hay muchos más virus, por lo que solo una ínfima parte de estos pueden producir enfermedad en los humanos. Simon Anthony y colaboradores en la Universidad de Columbia (2013), describieron que el número de virus nuevos en todas las especies de mamíferos podría ser de unos 320 000, con los murciélagos como portadores más frecuentes. Adicionalmente, los virus o secuencias similares han jugado un papel clave para la evolución de los seres vivos. Por ejemplo, en el genoma humano existen secuencias de retrovirus endógenos, los proto-oncogenes, que cumplen funciones esenciales para regular el ciclo celular.

Es preciso tener claro que los ecosistemas en los que se ha desarrollado la vida son sistemas altamente complejos, cuya estabilidad y

Los ecosistemas en los que se ha desarrollado la vida son sistemas altamente complejos, cuya estabilidad y función adecuada depende de una infinidad de interacciones entre todos los organismos que coexisten desde el inicio de la vida en nuestro planeta.

función adecuada depende de una infinidad de interacciones entre todos los organismos que coexisten desde el inicio de la vida en nuestro planeta. Así que no se puede caer en la trampa de creer que estamos en medio de un campo de batalla, en el cual por un lado están los agentes infecciosos microscópicos que deben ser derrotados, y por el otro los seres humanos que deben protegerse a toda costa.

El crecimiento demográfico, el cambio climático, ciudades sobrepobladas, pobreza y hacinamiento y comercio global con poca regulación alteran los ecosistemas cada vez más precarios y las condiciones de estabilidad que han construido estos sistemas complejos, así que hay mayor posibilidad de que nuevos agentes infecciosos afecten a los seres humanos. Un ejemplo claro de esto ha sido la aparición de infecciones asociadas al proceso de domesticación de los animales a lo largo de los últimos 15 000 años. Pero hoy también se supone que existe un gran riesgo de aparición de virus o bacterias con capacidad infecciosa, como consecuencia del descongelamiento del *permafrost* debido al calentamiento global.



Por tanto, es imperioso evitar el concepto de guerra contra tales agentes porque una eliminación de estos finalmente terminaría por afectar el adecuado funcionamiento de todo el ecosistema, incluyendo al mismo ser humano. La lucha debería verse como el desarrollo de alternativas para prevenir o tratar las enfermedades infecciosas y no como una confrontación contra los agentes infecciosos responsables de estas. Esto se puede evidenciar en las distintas estrategias para combatir las infecciones. Cuando se han desarrollado estrategias inteligentes y basadas en conocimiento ha sido posible prevenir o incluso erradicar afecciones que producen enfermedades de gran morbimortalidad. La vacunación permitió la erradicación de la viruela y reducir infecciones como la poliomielitis, el sarampión, la rubéola, las paperas, la hepatitis, la difteria, el tétanos, la tosferina, entre otras.

Por su parte, la implementación de medidas generales de potabilización del agua y disposición de excretas ha sido fundamental para el control del cólera y otras infecciones gastrointestinales. Sin embargo, cuando se han utilizado medidas no delimitadas o con grandes acciones sobre el entorno, por ejemplo, el uso de plaguicidas para controlar los vectores de infecciones transmitidas por insectos o la administración sin restricciones de antibióticos de amplio espectro, se producen efectos sobre distintos seres vivos, como el aumento de cáncer o malformaciones congénitas, o la selección de especies resistentes a la acción de los supuestos agente terapéuticos, lo cual ha conducido a un gran problema de salud para la humanidad. **ALMAMATER**

virus. Del lat. *virus* 'veneno', 'ponzoña'. **1. m.** Organismo de estructura muy sencilla, compuesto de proteínas y ácidos nucleicos, y capaz de reproducirse solo en el seno de células vivas específicas, utilizando su metabolismo.



*Pablo Patiño es doctor en Ciencias Básicas Biomédicas y magíster en Inmunología. Es profesor de tiempo completo de la Facultad de Medicina y también se ha desempeñado como director de Fomento a la Investigación de Colciencias y director científico de la Corporación para las Investigaciones Biológicas —CIB—. Ha sido autor y coautor de los libros *Inmunología. Una ciencia activa* (2009), *De la fisicoquímica a la vida* (2005) y *Biología de la Célula* (2006).



JUDITH NIETO LÓPEZ*

#SOLIDARIDAD

Solidaridad ante la pandemia

¿Cómo no apiadarse de ese número incontable de hombres y mujeres que han sido infectados por el virus causante del mal de la neumonía y que acaba por lanzar a sus víctimas a la noche no pedida, a la cifra oscura que gana lugar en el conteo frío y creciente de las estadísticas? ¿Cómo no conmoverse frente al grupo de médicos, especialistas y demás trabajadores de la salud que intentan salvar a quienes ponen en sus manos el cuerpo enfermo y a punto del último aliento? Las imágenes aterradoras, que pasan todos los días en las pantallas, obligan a preguntas solidarias como estas.

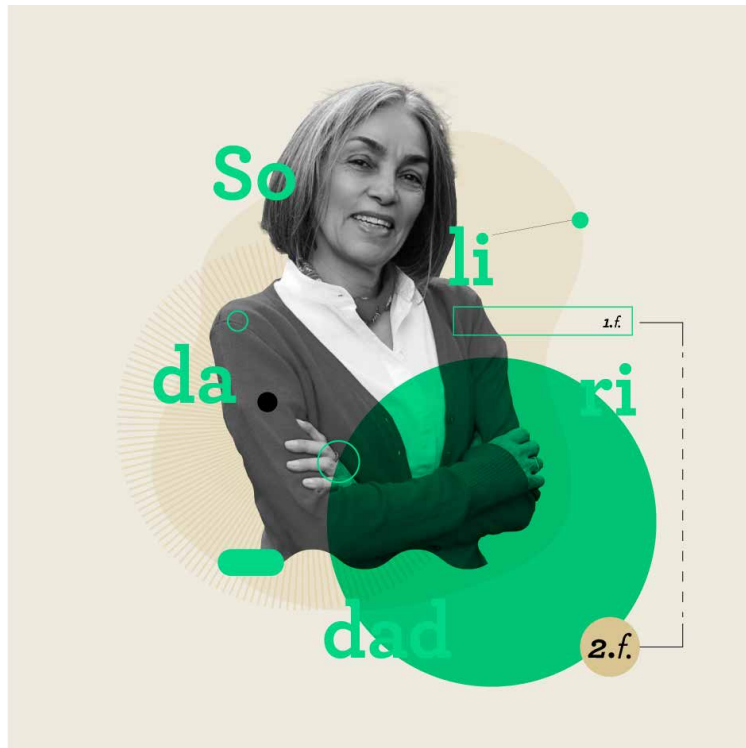
Son interrogantes que surgen en estos días de resguardo, miedo y cuidado, en los que el apuro virtual apenas da tregua para pensar en la presencia y el poder silencioso y devastador del virus letal que se apoderó de la atención mundial en un momento inesperado, que puede registrarse para la historia del siglo XXI como un acontecimiento. Y un acontecimiento tiene que ver con algo que produce efectos significativos en quien lo vive; algunos de ellos, visibles en quienes se ocupan de la búsqueda del pronto alivio; otros, no tan inmediatos, aunque promisorios, en tanto procuran desde laboratorios y espacios de investigación que la enfermedad sea pensada en los términos orgánicos, ambientales y afectivos que la ocasionaron.

Sí, una de las ventajas de la enfermedad, cualquiera que sea, es que llama a la reflexión. Disponerse a meditar en una enfermedad declarada pandemia conlleva un elevado gesto de solidaridad que trasciende la tarea médica, tan asociada con lo estrictamente técnico y de alcance preventivo y curativo, y pocas

Son los médicos y los científicos de diversas disciplinas quienes han volcado su misión curativa e investigativa sobre la siniestra enfermedad que parece no detenerse. Buscan afanosos la vacuna, y tras esta la cura contra el virus [...]. Y lo hacen sin suspender la mirada que intenta mostrar, más allá del cuerpo, adentro en el alma, lo que aqueja, lo que causa el padecimiento en un enfermo que ante todo es persona.



*Judith Nieto López es filósofa y doctora en Ciencias Humanas. Actualmente es docente de la Escuela de Microbiología de la Universidad de Antioquia. Ha publicado los libros *Pluma derrotada* (2011), *Todo enfermo es un hombre* (2016), *De literatura e historia: Manuela Saenz entre el discurso del amor y el discurso del otro* (2006). Además, artículos suyos han sido publicados en numerosas revistas especializadas y de divulgación.



veces ligada a los retos de pensamiento que esto demanda en lo más profundo de las personas afectadas.

A cavilar sobre la enfermedad nos convoca el antropólogo belga Claude Lévi Strauss desde su *Antropología estructural* (1970). Mandato atendido por quienes siempre, y en momentos como el actual, han considerado todo tipo de males, máxime los que han tomado el carácter de pandemia. Y lo hacen también ahora, en medio de la confusión y la vicisitud, en el encierro y la esperanza que apenas asoma. Son los médicos y los científicos de diversas disciplinas quienes han volcado su misión curativa e investigativa sobre la siniestra enfermedad que parece no detenerse. Buscan afanosos la vacuna, y tras esta la cura contra el virus que tuvo el poder de parar al planeta y ¡de qué forma! Y lo hacen sin suspender la mirada que intenta mostrar, más allá del cuerpo, adentro en el alma, lo que aqueja, lo que causa el padecimiento en un enfermo que ante todo es persona.

Es lo primordial en el aprendizaje y el ejercicio médico; ello explica que para desempeñarse en el campo de la salud la prioridad exige ser objetivo ante lo que ve y, al mismo tiempo, no olvidar que se está tratando con personas. Es, pues, una relación con enfermos, por lo que se comprende que al acto médico le subyacen dosis altas de sensatez y solidaridad. Vemos así que la acción médica consiste en intentar encontrar la armonía entre el necesario distanciamiento y la compasión, entre la esperanza y el realismo. Un equilibrio visible en el esfuerzo que hoy hace la comunidad médica mundial para, a riesgo de contagio, atender y en lo posible salvar a los afectados por este virus, causante de muertes incontables y de una desolación impensada.

Cuán solidario y profesional es el trabajo de quienes atienden, despiden y curan del coronavirus a sus víctimas. Y lo hacen sin interrumpir su labor investigativa, sobre la que avanzan en bien de la humanidad y en medio del silencio; aquel en el que nos instaló el virus sin rostro que desde el 11 de marzo del 2020 nos hizo visible la cara de una guerra.

solidaridad. De *solidario*. **1.** f. Adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros. | **2.** f. Der. Modo de derecho u obligación *in solidum*.



#GLOBALIZACIÓN

Las pandemias en la globalización contemporánea

Hace algunos años, la Organización Mundial de la Salud actualizó una hoja de ruta de enfermedades transmitidas a los humanos por otras especies, cuyo estudio consideraba prioritario para evitar una pandemia, y advirtió sobre el riesgo de que *un patógeno desconocido*, en ese marco epidemiológico, provocase una seria epidemia mundial. El conocimiento científico ciertamente avanzó en aquella dirección, pero la certeza de la amenaza no permeó adecuadamente los sistemas de salud ni las políticas sanitarias nacionales, ni la colaboración internacional.

Se hubiese requerido una fuerte inversión en infraestructura sanitaria, reestructuraciones en la dotación del personal, diseño y gestión de módulos flexibles de atención para diversos escenarios pandémicos, y una visión acerca de las interacciones transnacionales y de los gobiernos nacionales con los subnacionales y locales, para estar a la altura de una respuesta sistémica en lo preventivo y en la mitigación y atención de salud concomitantes.

Mas aún, una amplia y diversa gama de factores idiosincráticos debilitó a muchos sistemas de salud del mundo:

Paradoja de la globalización,
el epicentro de la covid-19
ocurrió en uno de los
incontables intersticios del
mundo en que conviven las
lógicas contradictorias de lo
local y de lo global; en este
caso, en una fricción que
resultó letal: un mercado de
animales salvajes vivos sucios
y hacinados, junto a animales
muertos y verduras, dentro
de una moderna ciudad china
densamente poblada.



sobreajustes del financiamiento debido a crisis económicas y políticas; implantación de idearios neoliberales que propugnaban una mercantilización de los riesgos de salud y el quebrantamiento de la solidaridad y la universalidad como principios rectores; dualización del mercado laboral y debilitamiento de los sistemas contributivos; prestaciones no contributivas con prestaciones muy limitadas; en escasos casos, desmesuradas remuneraciones y otros pagos al personal de salud que coartaban mejoras de infraestructura y un uso equilibrado de los recursos.

Aún en países ricos, la peste sorprendió perplejos a numerosos sistemas de salud sin dotación de equipos adecuados, incluso para proteger a la primera línea hospitalaria y para brindar la escala de atenciones indispensables a pacientes graves y de lenta recuperación. La economía mundial está sumida en un *shutdown* de incierto desenlace; los ciudadanos del mundo están masivamente sometidos a choques del mercado laboral al perder ingresos, trabajo y certidumbres.



*Ana Sojo es doctora en Ciencias Económicas y Sociales y magíster en Sociología por la Universidad Libre de Berlín. Estuvo vinculada, entre 1989 y 2016, como experta en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe —Cepal—. En esa organización coordinó y fue coautora del libro *Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe* (2007); y coeditó con Antonio Prado *Envejecimiento en América Latina. Sistemas de pensiones y protección social integral* (2010).



Ilustración: Andrea Henao Jaramillo

La «tenaza glocalizada» del virus

La escala de los riesgos pandémicos y las limitaciones de la capacidad de respuesta están entrelazadas con procesos globalizadores que es preciso destacar. Paradoja de la globalización, el epicentro de la covid-19 ocurrió en uno de los incontables intersticios del mundo en que conviven las lógicas contradictorias de lo local y de lo global; en este caso, en una fricción que resultó letal: un mercado de animales salvajes vivos sucios y hacinados, junto a animales muertos y verduras, dentro de una moderna ciudad china densamente poblada, pletórica de extravagantes y ricos edificios modernos, de autopistas y raudos transportes terrestres y aéreos, que la conectan con el resto de China y el mundo. Pertinente analizarla con el término «glocalización», acuñado por Marramao para designar fenómenos estrechamente interdependientes en donde confluyen lo global y lo local: en esa fricción entre tradición y uniformidad global, el virus de un murciélago saltó las barreras de la uniformización técnico-económica y financiero-mercantil de Wuhan y se proyectó, voraz, a escala planetaria.

Al igual que otros graves fenómenos como el calentamiento global, esta «tenaza glocalizada» del virus debe ser enfrentada, en último término, por estados nacionales cuyas agencias y organismos han sido expropiados de parte sustancial de su poder y capacidad de acción y control por fuerzas supranacionales globales y extraterritoriales; se enfrentan déficits de poder y de capacidad coactiva ante fuerzas emancipadas del control político.

En los términos de Zygmunt Bauman: los países, las asociaciones de países como la Unión Europea, las entidades territoriales, y las

ciudades pueden constituirse en «vertederos de problemas y de retos generados en el plano global» cuando ellos, por su origen, lejos están de poder ser encarados con los instrumentos políticos de los que se dispone. Estas complejas constelaciones parecen poner sobre el tapete la necesidad de reunir nuevamente el poder y la política, lo cual en un mundo global significa «la formidable tarea de elevar el nivel de la política y de la importancia de sus decisiones a cotas completamente nuevas, para las que no existen precedentes».

Como ahonda Beck, el Estado nacional ya no provee un marco de referencia que abarque y contenga los significantes fundamentales y las respuestas políticas pertinentes ante los riesgos globales. Las transformaciones históricas de la globalización reciente han diluido la distinción entre lo nacional y lo internacional, dentro de un espacio de poder aún confuso, que podría denominarse «política mundial interna». Tal metapoder implicaría una nueva negociación de lo nacional y lo internacional, que se replantee tanto la concepción tradicional de las fronteras de los estados nacionales como también el papel de la economía mundial y del Estado, de los movimientos de la sociedad civil que actúan de manera transnacional, de las organizaciones supranacionales, y de los gobiernos y sociedades nacionales.

La magnitud de los problemas a encarar en el marco de la globalización, las restricciones de los Estados nacionales para actuar ante ellos, la individuación mercantil de los riesgos y la relativa desorganización social y deslegitimación institucional de algunos sistemas políticos, han llevado a un relativo descrédito de lo político como constitutivo de lo social. En las últimas décadas, y en estas confusas circunstancias, las respuestas políticas carenciales ante un mundo sometido a magnas y radicales transformaciones han abierto espacio al populismo y al chovinismo.

Bauman relaciona la incertidumbre y la vulnerabilidad humana, que generan miedo y ansiedad, con el fundamento de cualquier poder político; la legitimidad del Estado puede basarse en la promesa de mitigarlas, mientras que el mercado las exacerba. Citándolo, por su magnitud, la crisis pandémica puede debilitar y minar la legitimidad de los Estados si se experimenta «la enojosa, exasperante y degradante sensación de haber sido condenados a la soledad frente a los peligros compartidos»; en este caso, ante la enfermedad, la muerte y la caída brutal de los ingresos y la incertidumbre laboral, cuando las personas literalmente están desbordadas «por el exceso de contingencia que afecta a su presente» (Cruz, 2012, p. 234). Debe reconstruirse una democracia, un nosotros que

se hace cargo del sufrimiento y de la fragilidad humana, lo cual exige un titánico esfuerzo por recuperar y consagrar valores como la solidaridad y la justicia en las políticas y en el vínculo social. La promesa de ese porvenir debe cimentarse, desde ya, en cómo se emprende la lucha sanitaria contra la pandemia, y en las medidas socioeconómicas para proteger del *shock* a las personas. **ALMAMATER**

La crisis pandémica puede debilitar y minar la legitimidad de los Estados si se experimenta «la enojosa, exasperante y degradante sensación de haber sido condenados a la soledad frente a los peligros compartidos»; en este caso ante la enfermedad, la muerte y la caída brutal de los ingresos y la incertidumbre laboral.



PABLO MONTOYA*

#FUTURO

¿Quién dice la verdad:

el que toca la sombra o el que roza la luz?

¡Quédate en casa y así cuidarás a los demás! Esta es la consigna en tiempos del coronavirus. Una consigna fraguada con dos incómodos imperativos, pero dulcificada con el calor del hogar y una supuesta alteridad a la cual podríamos salvar. Pero esta circunstancia, la de estar aislados en nuestras propias casas y no poder atravesar fronteras —cuando lo más apasionante de toda existencia es franquearlas una y otra vez—, origina algo singular. Se trata del padecimiento de un tipo de exilio interior, a puerta cerrada, que corre el riesgo de sumirnos en un vacío recordatorio. En *La peste* de Albert Camus se explica que este exilio ocasiona una mortificación profunda: vivir con una memoria que no sirve para nada. ¿Qué significaría esto en nuestra condición actual? Por un lado, que evocamos continuamente un pasado con el gusto de la lamentación. Pero, por otro, que podríamos olvidarnos de los males verdaderos que nos han agobiado.

¿Seremos capaces entonces de superar esta pandemia, inmunizarnos frente a ella, y volver sobre los graves problemas que tiene un país como Colombia? La gran desigualdad social que nos impide prosperar como comunidad, los derechos humanos violados sistemáticamente, las mujeres maltratadas por un orden social dominado por patriarcas atávicos; niños desnutridos y ancianos olvidados y jóvenes dueños de un futuro de opresión; los bosques

y selvas vejados por los emporios mineros; los responsables de grandes crímenes todavía sin castigo; la corrupción, el paramilitarismo y el narcotráfico como pilares de una democracia pútrida. Quizás es verdad que el panorama que se nos viene encima sea muchísimo más complejo y doloroso que bandear el coronavirus, ya que nuestros problemas integran eso que podríamos denominar endemia nacional. Porque, más que ese tipo de exilio que abate en el encierro, y que Camus desglosa en su novela, a Colombia le ha de corresponder enfrentar obstáculos peores.

Pero, ¿qué pasaría con el coronavirus en este país que tiene una inmensa parte de la población sumida en la precariedad y cuyo sistema de salud es tan deficiente? ¿Qué ocurriría con los hospitales públicos que, en el momento en que escribo estas líneas, ya están desabastecidos de sangre y no poseen la infraestructura necesaria para asistir a los futuros contagiados? Con solo imaginar que en Colombia la pandemia fuese tan implacable como lo está siendo en Italia, España, Estados Unidos o Reino Unido, nuestro porvenir sería totalmente aciago. Porque estamos lejos de decir, frente al coronavirus, lo que el cronista de *La peste* afirma: «Esto sucedió». En Colombia y América Latina esto apenas está comenzando a suceder. Por tal razón, estamos sumidos en el territorio inmenso de la incertidumbre. Y de ella quién sabe si saldremos bien librados.

Ahora bien, ¿qué serían treinta o cincuenta o cien mil víctimas del coronavirus comparadas con los más de cien millones de muertos que nos han dejado las pestes? ¿Por qué esta epidemia del siglo XXI, con tan pocos muertos, ha tenido el poder de amedrentarnos de semejante guisa y ha lanzado a las naciones a exigir un confinamiento de estas proporciones? ¿Será que nos estamos volviendo sensibles a las aniquilaciones masivas y en verdad creemos, hoy más que antes, que moriremos como hormigas indefensas si no nos cuidamos? Pero, ¿y qué hacemos con la gran desconfianza que nos asedia? ¿No habrá detrás de todo esto maniobras perniciosas que le darán paso a un nuevo orden mundial?

Quizás es verdad que el panorama que se nos viene encima sea muchísimo más complejo y doloroso que bandear el coronavirus, ya que nuestros problemas integran eso que podríamos denominar endemia nacional. Porque, más que ese tipo de exilio que abate en el encierro, y que Camus desglosa en su novela, a Colombia le ha de corresponder enfrentar obstáculos peores.

futuro, ra. Del lat. *futūrus*. **1.** adj. Que está por venir y ha de suceder con el tiempo. | **2.** adj. Que todavía no es pero va a ser. | **3.** m. Tiempo que vendrá.

Como respuesta a estos interrogantes, nadie guarda silencio. Al contrario, la batahola de las voces brota desde todos los flancos. Y entre el optimismo de unos y el pesimismo de otros, el abanico de las opiniones es desbordante. ¿A quién creerle y de quién dudar en estos tiempos del coronavirus? ¿Les creemos a los médicos y a los científicos? ¿A los jefes religiosos o a los intelectuales solitarios? ¿A los empresarios y a los mandatarios? ¿Quién, en definitiva, dice la verdad: el que toca la sombra o el que roza la luz? **ALMAMATER**



*Este texto es un fragmento del ensayo inédito *Literatura en tiempos del coronavirus*, del profesor de literatura Pablo Montoya Campuzano, quien realizó estudios de maestría y doctorado en literatura latinoamericana en la Universidad Sorbonne Nouvelle Paris 3. Ha publicado libros de cuentos, novelas y ensayos. También, ha recibido numerosos premios y reconocimientos, entre ellos el prestigioso Premio Rómulo Gallegos, en 2015, por su *Tríptico de la infamia*.



ELVIA MARÍA GONZÁLEZ AGUDELO*

#TRANSFORMAR

¡La educación ya no será la misma!

El coronavirus —ese ser microscópico que invade el cuerpo humano y lo enferma—, fue identificado en diciembre de 2019. Desde entonces, tras declarar la pandemia, la vida no ha sido la misma: una guerra biológica nos ataca a todos y nos hace reflexionar sobre el ser humano, sus familias, sus comunidades y su dignidad.

En el caso de las comunidades académicas, en horas se han tomado decisiones que se venían discutiendo hace más de cinco décadas. Por ejemplo, mediante la Directiva Ministerial N.º 04-22 de marzo de 2020 se dispuso para la educación superior colombiana que, mientras dure el estado de emergencia sanitaria, se les dará continuidad mediante el uso de las TIC a los programas académicos con registro calificado para la modalidad presencial. ¿Qué está sucediendo cuando profesores y estudiantes nos tenemos que comunicar mediante el uso de las TIC para continuar con los procesos de enseñanza y aprendizaje?

Múltiples son los problemas que han emergido desde la educación, si la concebimos como un derecho. A saber, hablemos sobre la disponibilidad de los recursos para que la educación pueda llevarse a cabo: todo estaba dispuesto para el espacio físico universitario, no en los profesores, ni en los estudiantes, ni siquiera en la ciudad como un gran ambiente de aprendizaje —Medellín no cuenta con

El virus que nos está modificando la cotidianidad debe servir para que la educación memorística, monológica y autoritaria desaparezca.

suficiente infraestructura digital que permita la conectividad de todos—; menos aún en algunos sectores urbanos, donde habitan las personas más vulnerables y muchos de nuestros estudiantes, donde tampoco hay suficientes aparatos digitales para cada quien.

Además, si las familias no cuentan con espacios para una vida digna, mucho menos con espacios adecuados para el aprendizaje:

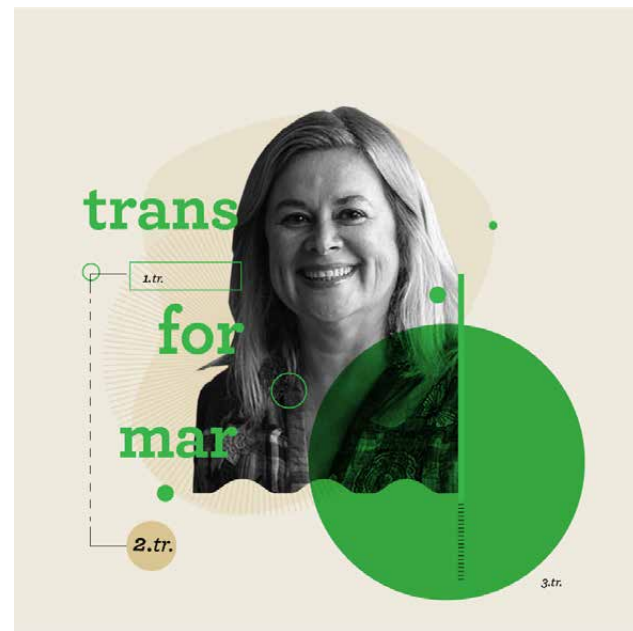
escritorios, computadores, celulares, bibliotecas, iluminación y un ambiente de paz y tranquilidad para estudiar. En términos del derecho a la educación, también se afectará la permanencia, pues los problemas económicos, de salud física y mental y la malnutrición, incrementarán probablemente los niveles de deserción. También se vislumbra un fuerte impacto en la educación de calidad, pues muchos profesores y estudiantes no están capacitados en el manejo técnico y didáctico de las TIC, mucho menos en la producción de contenidos innovadores para dichos canales de comunicación.

Pero cada crisis es una oportunidad. Tanto en el Plan Nacional Decenal de Educación como en el Plan Educativo Municipal —PEM—, se aboga por un cambio de paradigma en la educación. La pedagogía ya nos lo había enseñado: el estudiante es el centro del proceso, hay que potenciar sus múltiples inteligencias, se le debe enseñar a pensar, a resolver problemas, se educa en la vida misma; el currículo es cultura, la didáctica se concibe como un proyecto que el estudiante mismo debe realizar y los medios como las TIC&SID lo posibilitan, es una oportunidad para la autonomía del ser.

Nosotros, los profesores, debemos dejar atrás el dictar clase, pues así como la imprenta revolucionó la educación en el siglo xv imprimiendo libros y el estudiante pasó del oficio de escribiente al de lector —cosa que aún no hemos asimilado—, en el siglo xx los salones, los libros, la tiza y el tablero son subvertidos por las TIC, las tecnologías de la información y su multitud de datos, las telecomunicaciones con sus señales remotas, las comunicaciones con sus audiovisuales y nuevas estéticas.

transformar. Tb. transformar. Del lat. *transformāre*. **1. tr.** Hacer cambiar de forma a alguien o algo. U. t. c. pml. | **2. tr.** Transmutar algo en otra cosa. U. t. c. pml. | **3. tr.** Hacer mudar de porte o de costumbres a alguien. U. t. c. pml.

Todo ello altera no solo el tiempo y el espacio para el desarrollo de las clases, no solo los contenidos —que están ahí en la nube con acceso abierto—. También una nueva inteligencia —llamada artificial— invade el mundo, automatizando las actividades mecánicas, así como muchas otras de tipo cognitivo, pues su capacidad de actualización y conectividad va más allá del poder de un solo ser humano. Es



la era digital, la economía del conocimiento, en donde la educación ya no puede ser la misma.

La flexibilidad del currículo toma aún más fuerza, los contenidos serán un pretexto para la solución de problemas. Lo dijo Ismail: «El aprendizaje debe basarse en proyectos [...] los estudiantes tomarán minicursos en donde desarrollarán los proyectos específicos que tengan una aplicación real». Los estudiantes construirán un artefacto para asegurar su proyecto de vida.

El virus que nos está modificando la cotidianidad debe servir para que la educación memorística, monológica y autoritaria desaparezca. Para que se transforme en una educación para la incertidumbre, que resuelva problemas como esta pandemia que se vuelve un asunto interdisciplinario, donde todos los saberes convergen: las ciencias de la salud, las sociales, humanas, económicas, exactas, naturales, las ingenierías y las artes; a través de la única comunicación posible en este momento de cuarentena: la virtualidad.

Se necesita liberar los currículos prescritos, los tiempos y espacios predeterminados, para que los profesores y sus estudiantes problematicen estas circunstancias desde su saber; y a través del diálogo virtual propongan una nueva vida llena de acciones que impulsen el desarrollo humano, cuando volvamos a encontrarnos cara a cara. **ALMAMATER**



*Elvia María González Agudelo es licenciada en Español y Literatura, doctora en Ciencias Pedagógicas —Universidad de La Habana— y profesora titular de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. Ha sido coordinadora del Grupo de Investigación Didáctica de la Educación Superior —Dides—. Sus artículos y ensayos, enfocados especialmente a reflexionar sobre los contextos educativos, han sido publicados en diversas revistas especializadas y medios de divulgación.



PATRICIA NIETO*

#MIEDO

Cinco rostros del miedo

Del miedo se dice que es un horror helado, un mal incurable, un hueco en la nada, una piedra en la boca, un grito sin ruido; un sentimiento noble si es muralla contra la muerte o una afección oscura si paraliza y postra.

1.

El joven Zuleta yacía sobre su cama de soltero. Tendido boca arriba intentaba descifrar las figuras formadas en el cielo raso por brochazos descuidados. Apenas descubría el lomo de lo que podría ser un venado un pinchazo lo hacía gritar. Una vez lograba sacarse la aguja de entre la piel, esta se convertía en termómetro y allí adentro el mercurio fluctuaba entre 40 y 19 sin control. Antes de bañarse en sudor y caer en el oasis del techo, Zuleta se veía deformado por el exceso de calor o de frío.

Durante las últimas dos semanas, Zuleta había estado confinado en su apartamento de treinta metros para evitar contagiarse del virus que tenía en cuarentena a medio mundo. El sábado 29 de marzo de 2020, cuando despertó en medio de la tarde húmeda y gris de Medellín, aceptó que tenía miedo de ser él mismo el positivo, el portador del mal; de enfrentarse al sufrimiento degradante que le llegaría con la enfermedad.

2.

Dentro del probador de ropa la señora Múnera se sentía cómoda. Desechó los zapatos rojos, pues al medirse el derecho observó la falta de cuidado en las costuras. Entonces se concentró en el vestido verde que le atraía porque pese a ser ligero no perdía elegancia. Se enfundó en él lentamente y sintió el frío de la seda al rozarle la espalda. No bien levantó la cabeza, una tos seca le enrojeció la cara y le aguó los ojos. En el espejo se vio como una anciana que con cada esfuerzo por inhalar oxígeno expectoraba el mal. Cuando estiró la mano para tocar a la vieja, el espejo le envió una onda de cables quirúrgicos que la arrastró hasta una ambulancia silenciosa.



Un vacío sin nombre se le metió en el pecho y entendió que tenía miedo a quedarse para siempre preso en la pequeñez de su casa.



*Patricia Nieto es comunicadora social-periodista, magíster en Ciencia Política y doctora en Comunicación. Entre sus libros se encuentran *El sudor de tu frente* (1998); *Llanto en el Paraíso. Crónicas de la guerra en Colombia* (2008); *Relatos de una cierta mirada. El acontecimiento, la fotografía y el sentido* (2012); y *Los escogidos* (2012). Su trabajo como cronista ha recibido importantes reconocimientos del periodismo latinoamericano y sus relatos han sido divulgados en destacadas publicaciones.

Durante los últimos 19 días, Múnera había permanecido con sus cuatro hijos, un perro y dos gatas dentro de su casa, obediente a la orden de confinamiento dada por el Gobierno para restarle velocidad a la propagación de un virus letal. En la madrugada del 9 de abril, cuando despertó con el corazón como supurando lava, supo que tenía miedo: miedo a morir sola, a no sentir en el último momento la tibieza de una mano amiga que envolviera la suya.

3.

Después del timbrazo venía el abrir de la puerta. Al pomo, Flórez se acercaba con la mano enfundada en el viejo hule que en otra época usaba para destapar frascos. Después de halar la puerta se retiraba diez pasos antes de enfrentar al visitante. El primero fue un recolector de trastos viejos que le sonreía teatralmente sin mover los labios; el segundo, un conocido de la facultad cubierto con una careta de buceo de la que salía una campana extractora de humo; la tercera, una mujer desnuda embadurnada de hollín que le estiraba sus dedos repletos de anillos; la cuarta, una niña que le ofrecía una torta de chocolate bañada en un líquido purulento; y el quinto, un viejo de apariencia débil que se iba despojando del tapabocas tan lentamente que le daba tiempo, a Flórez, de cerrar la puerta antes de que él se descubriera el rostro.

La noche en la que Flórez soñó cinco veces con la misma secuencia era la número 28 de su aislamiento. Después del sobresalto corrió hasta el baño y encendió un cigarrillo. Mientras veía el humo perder forma en el vacío, reconoció que el origen de su miedo provenía del cuerpo de los otros, otros a quienes no era capaz de mirar a los ojos. Flórez se sintió morir de culpa cuando de repente, mientras repasaba el sueño, descubrió que el viejo enclenque era su padre que la visitaba en busca de consuelo.

4.

Andrade sobrevolaba las calles desiertas a una altura que le permitía escuchar los ladridos de los perros encarcelados en terrazas de ladrillo marrón. El viento cálido jugaba a favor, la ciudad parecía radiante pese a que algunas nubes de lluvia se divisaban al sur. No volaba sostenido en las corrientes como lo hacen algunas aves, lo hacía con la fuerza de su cuerpo amoldado a las motocicletas de alto cilindraje que le

Mientras veía el humo perder forma en el vacío, reconoció que el origen de su miedo provenía del cuerpo de los otros, otros a quienes no era capaz de mirar a los ojos.

Ilustración: Andrea Henao Jaramillo



permitían, antes de la pandemia, ir de sur a norte como si tuviera alas. Al momento de evadir el aguacero, descendió siguiendo la línea del río Medellín y vio como desde los balcones personas, vestidas con andrajos y conectadas a extraños aparatos, aplaudían su hazaña.

Andrade despertó de su sueño casi al medio día. Al abrir los ojos vio piezas de su bicicleta esparcidas por su pequeña habitación. Al incorporarse sintió repulsión por la pijama lanosa que ya apestaba y recordó que completaba

35 días en cuarentena. Un vacío sin nombre se le metió en el pecho y entendió que tenía miedo a quedarse para siempre preso en la pequeñez de su casa.

5.

Después de desprender con enfado la telaraña que envolvía la cerradura, Arias introdujo la llave, la giró y empujó suavemente la puerta. Un haz de luz le hirió los ojos y pese a ello se atrevió a salir. La calle no era la de Simón Bolívar, su barrio de toda la vida, era un camino fangoso donde extraños carrizales ocupaban los senderos. En ellos se hundieron sus pantuflas lila y su cuerpo quedó atascado. Trataba de gritar para llamar la atención de los vecinos que bebían cervezas en la tienda, pero la voz se le ahogaba en un hueco sin fondo dentro de su cuerpo.

El voceo de un vendedor la regresó a la vigilia. Arias se incorporó lentamente y agradeció al cielo por no tener que salir aún de la casa, pese a que ya llevaba 57 días de confinamiento sin producir un peso. Se

escuchó pensando en esas gratitudes y se sobresaltó, sintió el pavor apuntándole en el estómago: miedo a convertirse en una miserable, abandonada, en medio de la multitud sobreviviente. **ALMAMATER**

miedo. Del lat. *metus* 'temor'.

1. m. Angustia por un riesgo o daño real o imaginario. | **2. m.** Recelo o aprensión que alguien tiene de que le suceda algo contrario a lo que desea.





JAIRO HUMBERTO RESTREPO ZEA*

#CRISIS

Los días después del coronavirus



Habían contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio [...] Tan eficaz fue la cuarentena, que llegó el día en que la situación de emergencia se tuvo por cosa natural, y se organizó la vida de tal modo que el trabajo recobró su ritmo y nadie volvió a preocuparse por la inútil costumbre de dormir.
Fragmento de Cien años de soledad, Gabriel García Márquez

La humanidad está sumida en una profunda crisis, la misma que pone al descubierto varias crisis o problemas acumulados y no resueltos en las últimas décadas. Hemos sido forzados a ingresar a un túnel del que no se conoce su salida. Será cada país o sociedad quien durante un tiempo indeterminado cave en busca de la salida y, una vez se encuentre la luz, no se sabe ante qué paisaje podamos aparecer: ¿el mismo que dejamos atrás? ¿Un mundo desconocido al que debemos adaptarnos? ¿Un paisaje similar al que dejamos pero que nos exige mejores prácticas para no lanzarnos luego a un nuevo túnel?

En medio de la oscuridad y con el propósito fundamental de encontrar «la luz al final del

túnel», como si se tratara de una película de Hollywood o una serie de Netflix, se conocerán los líderes, las herramientas y la capacidad de trabajar en equipo. Se tendrán momentos difíciles pues quizás el tiempo se alargue, muchos pierdan la esperanza y en el camino queden cadáveres insepultos. Se necesita inteligencia, sabiduría y coordinación para avanzar unidos en torno al propósito de encontrar la luz, dejando a un lado las diferencias y reconociendo que en este encierro «todos somos iguales».

El grupo en aquel túnel es nuestra sociedad y con ella va el Estado procurando ejercer su representación. Es por ello que urge examinar el grado de cohesión de la primera, la eficacia y legitimidad del segundo y la relación entre la una y el otro. Para salir del túnel lo mejor librados posible, confiando en que podamos darnos una nueva oportunidad al recobrar el paisaje, es necesario centrar la mirada en dos cuestiones fundamentales.

Por una parte, nos preguntamos por la fortaleza que pueda tener el sistema de salud para hacer frente a los riesgos de enfermar, tanto en cuanto a la prevención y mitigación como a la capacidad de atención médica. Más aún, en medio del túnel, ¿dejamos que cada cual se enfrente a los riesgos y asuma los costos individualmente, o confiamos en una agencia estatal para que ejerza autoridad y cuente con los recursos necesarios para proteger a su población? El sistema de salud colombiano, en medio de las fortalezas y los logros alcanzados en las últimas décadas,

necesita un cambio estructural de manera especial para fortalecer la salud pública y hacer realidad el acceso universal.

Lo sucedido durante el primer mes, desde cuando se confirmó el primer caso positivo para covid-19, da a entender que pese a las capacidades del país en materia de investigación científica y apoyo diagnóstico, hace falta financiamiento para mantener vigorosas unas actividades que deben ser tratadas como bienes públicos, y existen debilidades en la coordinación entre agentes del sistema, principalmente entre las direcciones territoriales de salud y las EPS, y entre los distintos niveles de gobierno. Así que un foco fundamental de cara al futuro, frente al cual se tienen diagnósticos claros y soluciones no adoptadas, debe ser el fortalecimiento de la rectoría y la gobernanza del sistema de salud. Si todos somos parte del sistema, este debe actuar y garantizar derechos y resultados sin importar a qué EPS estemos afiliados ni en qué territorio nos encontremos.

Por otra parte, a la par con la cuestión sanitaria resulta crucial contar con un sistema económico que, además de preocuparse por el crecimiento, tenga muy claras las bases humanas y sociales y esté guiado por principios de justicia. En realidad, afloran profundas desigualdades y carencias al hablar de la vestimenta y las herramientas de trabajo que llevan unos y otros en el túnel, de modo que así se entregue una linterna a cada uno, al igual que un casco protector y una pala, acaso muchas de las linternas ni siquiera tendrían batería y muchos cascos serían de material frágil.

En Colombia debemos tomar en serio lo que esta situación devela y poner en marcha mecanismos amplios, audaces y efectivos de protección social para calmar el hambre y la penuria. Aunque es necesario definir estrategias para mitigar los efectos económicos de la pandemia y recuperar la actividad económica con medidas de protección, en estas circunstancias deben imponerse soluciones extraordinarias para financiar el desastre, vía endeudamiento con el Banco de la República, el uso de reservas internacionales y la redistribución forzosa vía imposición progresiva a la renta y al patrimonio. Debemos además clamar por un nuevo contrato social que permita mayor equidad y el goce efectivo y universal de los derechos económicos, sociales y culturales.

Podemos lograrlo y satisfacer a los dioses del Olimpo. Si no es así, podemos quedar condenados, como Sísifo, en este caso a cruzar un segundo túnel y, una vez salgamos a una nueva y falsa luz, debamos pasar a un tercero, y así hasta el infinito. **ALMAMATER**

crisis. Del lat. crisis, y este del gr. κρίσις crisis. **1. f.** Cambio profundo y de consecuencias importantes en un proceso o una situación, o en la manera en que estos son apreciados. | **2. f.** Intensificación brusca de los síntomas de una enfermedad. | **3. f.** Situación mala o difícil. | **5. f.** Econ. Reducción en la tasa de crecimiento de la producción de una economía, o fase más baja de la actividad de un ciclo económico. | **6. f.** Med. Cambio brusco en el curso de una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el paciente.



*Jairo Humberto Restrepo Zea es profesor de la Facultad de Economía de la Universidad de Antioquia. Ha sido consultor del BID y experto invitado de la OPS. Fundador y editor del Observatorio de la Seguridad Social, medio de divulgación del grupo de investigación Economía de la Salud, del cual hace parte. Es coautor de los libros *Medellín y el sueño de Ciudad Saludable: Una ciudad para vivir más y mejor* (2016), *Derecho fundamental a la salud: ¿Nuevos escenarios?* (2017), *La salud en la vida cotidiana* (2017), entre otros.



RAFAEL RUBIANO MUÑOZ*

#EMPATÍA

En busca de sentido: ¿Esperanza o resignación?

Sin duda, uno de los conceptos de las ciencias sociales más golpeados en el contexto de la «pandemia», y por ende del «confinamiento» y del «aislamiento», es el de sociabilidad o el de las formas de socialización. Para la sociología clásica o contemporánea, las relaciones sociales son constitutivas de la integración o destrucción de las formas de sociedad. Es muy cierto que, en la historia intelectual de la sociología en el siglo XX se puede comprender que individuos y colectividades, violencias y sociedades, conflictos e instituciones sociales no son categorías antinómicas sino, por el contrario, dialécticas.

De igual manera, se puede decir de las tragedias y de las catástrofes, de las hecatombes y de las destrucciones individuales o masivas, que ellas —como algunas otras tantas— no se oponen o se contrarían con lo social, sino más bien, como la cara de Jano, hacen parte de una misma esencia. A los momentos de infelicidad del hombre, le sigue el progreso y el crecimiento cuántico y cualitativo de la humanidad. Y en el anterior sentido, así lo concibió el pensador alemán Walter Benjamín, y muchos de su generación de la Escuela de Frankfurt: «No hay documento de la civilización que no sea al mismo tiempo de la barbarie». De modo que,

La relación crisis y catástrofes permitió que algunos intelectuales — en sentido amplio—, se ocuparan vocacionalmente con conceptos como el de la libertad, la justicia, la solidaridad, la conciencia, pero particularmente con el de la felicidad, la ilusión y la esperanza.

la pandemia, contrario a un sentir común, que supone el aniquilamiento de una civilización, lo que nos ha generado es un reevaluar —tiempo, espacio, relaciones— y al mismo tiempo redescubrir curiosamente nuestra esencia humana, nuestras flaquezas y debilidades; así mismo, nuestras fortalezas o consistencias físicas y mentales.

En la actualidad, la pandemia ha colocado de nuevo al hombre en el centro de su pensamiento y de su acción, se ha retrotraído interna y externamente, concentrado en repensar sus expectativas y alternativas. La relación crisis y catástrofes, permitió que algunos intelectuales —en sentido amplio—, como sucedió después de la Primera Guerra Mundial y del ascenso de los regímenes totalitarios, se ocuparan vocacionalmente con conceptos como el de la libertad, la justicia, la solidaridad, la conciencia,

empatía. A partir del gr. ἐμπάθεια *empátheia*. **1. f.** Sentimiento de identificación con algo o alguien. | **2. f.** Capacidad de identificarse con alguien y compartir sus sentimientos.

pero particularmente con el de la felicidad, la ilusión y la esperanza, basta señalar al respecto a Ernst Bloch y otros.

Este es un momento en que, pese a las desdichas y a los sentimientos desgraciados, la empatía del hombre consigo mismo y, en especial, con el planeta y la naturaleza circundante va a retornar cuestionando radicalmente el pasado —lo que se ha destruido y aniquilado, para potenciar lo que está por crearse e inventarse—, por reanudar lo que Hannah Arendt y Max Horkheimer denominarían como el diálogo del presente al pasado, para indistintamente, y con esa comunicación, abrir paso a la añoranza de lo completamente otro.

El sociólogo Adorno en confrontación con Hegel, quien en su visión de la Historia



Universal había expresado que: «los momentos felices son las páginas vacías de la historia», advirtió que este pesimismo vaciaba la historia humana de toda alternativa y posibilidad. De ser ello así, no tendría sentido vivir la vida y menos aún contar con instituciones tan invaluablees como las universidades, centros de producción de expectativas, anhelos, esperanzas e ilusiones. De ahí que la universidad hoy debe estar abierta mediante la virtualidad y esa es la misión incuestionable de nuestro quehacer: brindar esperanza. Aquí se quiere expresar que la historia no está completa —está por completarse— y que las páginas de la historia, así estén llenas de tragedias, también pueden estar escritas con logros y felicidades satisfactorias. Basta potenciar para ello la imaginación y colocarla en acción.

La historia intelectual de América Latina no ha estado exenta de avivar la esperanza y de «mantener la antorcha encendida y llegar con ella hasta la muerte», como lo planteó el mexicano Alfonso Reyes. En una escueta pero significativa tradición, que va de Juan Pablo Viscardo y Guzmán a Simón Bolívar, de Baldomero Sanín Cano a Pedro Henríquez Ureña, quienes han nutrido a los más contemporáneos escritos latinoamericanos del siglo XXI, se pueden hallar los héroes de la esperanza, opositores acérrimos de la resignación. **ALMAMATER**



*Rafael Rubiano Muñoz es sociólogo, magíster en Ciencia Política y profesor titular de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Entre sus publicaciones se destacan *Ensayos sobre sociología clásica y contemporánea. Polémicas y debates. Orden, conflictos, injusticia e incertidumbre en la sociedad moderna y global* (2012); *América Latina y las independencias bajo el escrutinio de la historiografía del siglo XX. Cuatro ensayos de interpretación* (2011); y, en coautoría con Juan Guillermo Gómez García, *Años de vértigo. Baldomero Sanín Cano y la revista Hispania (1912-1916)* (2016).



WILLIAM FREDY PÉREZ T.*

#CONFINAR

La libertad **de ir por ahí***

[...] para llegar a las palabras hijo, mujer, amigo, calle, cama, café, plaza, playa... es imprescindible traspasar la palabra puerta.

M. Benedetti

Algo sabíamos de «la libertad de abandono». Sabíamos, por ejemplo, que esa libertad aparece realmente cuando se pierde. Porque, claro, uno no va presumiéndola mientras hace cosas a cielo abierto, mientras camina por ahí o cuando escoge el bar de la esquina. Uno no sale a la calle buscando ruidos o huyendo de ellos, como si tuviera derecho a eso. Pero cuando se prohíbe salir, abandonar, ir... entonces aparece.

Y algo habíamos experimentado también en el régimen parental de confinamiento: «hoy no me salís de la casa, carajo». Sin embargo, como el de la escuela, era un régimen blando —a veces inclusive capacitante—. Se lo transgredía fácilmente, impunemente: uno «se volaba». Pero ni siquiera el castigo sobreviniente representaba un aislamiento social destacable, por eso era irrelevante esta pérdida de libertad de abandono.

También sabíamos de esa libertad por el servicio militar obligatorio. Pero el confinamiento no era pleno, o era insignificante en comparación con la afectación de otros derechos, o con la tortura legalizada en entrenamientos pa' machos, o con el deber de ir a la guerra y con el riesgo de morir o matar. Además, la lista de remisos, evadidos, objetores o desobedientes, revela la naturaleza de la obligación. Era apenas jurídica.

Sabíamos otras cosas igualmente, aunque casi nada, por la recurrencia del «toque de queda» que excluye a niños, niñas, jóvenes y adolescentes del espacio público para gobernarlos, para simular el cuidado que se les debe o para responder a un pánico generalizado y adecuadamente inducido. Es el mismo *curfew* que por orden militar o decreto limita los derechos de las personas con el fin de conjurar o prevenir incendios... sociales (el *couvre feu* francés, del que deriva, notificaba públicamente que era hora de cubrir el fuego, para prevenir incendios en la noche). Sabíamos otras cosas, en fin, por esta manera como alcaldes y gobernadores podían dar una impresión de gobierno... pero por horas. La violencia que a veces estimulaban era aterradora, pero el confinamiento en sí era intrascendente; es decir, incomparable con el que se ha derivado del actual toque de queda global, prolongado, continuo, motivado por una amenaza inasible y proferido a instancias de tantas autoridades. Sabíamos cosas así. Muy poco, casi nada.



Pero el actual confinamiento, sus motivos y alcance, podría enseñarnos algo más. Por ejemplo, que el derecho es un artefacto que puede ayudarnos a mejorar nuestras relaciones con la naturaleza: de coexistencia o integración, de preservación o protección, de defensa frente a nuestras agresiones, pero también de defensa nuestra frente a sus embates. Pero, sobre todo, que el derecho no contiene «naturalmente» concepciones sobre la naturaleza. Hay que ponerlas, o nos las siguen poniendo. También podemos aprender de la eficacia de la ley, es decir, del acatamiento sin recedentes de este toque de queda; que al parecer su eficacia se encuentra relacionada más bien con la coincidencia inédita de otras fuentes de legitimidad: la ciencia, la religión, las artes, la vecindad y unas ideas simples (ni complejas ni políticas) de humanidad y solidaridad.

Y finalmente, podríamos aprender si comparamos confinamientos. Con la prisión domiciliaria, por ejemplo, hay afinidades: televisión, pero casi obligada; reunión, pero virtual; cerveza, pero sin el bar; fútbol, pero sin estadios; permiso, pero para lo



*Una primera versión de este texto fue publicada en el periódico *El Mundo*, de Medellín, el 11 de abril del 2020. William Fredy Pérez Toro es actualmente el director del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, donde también es docente e investigador. Es candidato a doctor en Derecho Público por la Universidad Autónoma de Barcelona; textos suyos han sido publicados en numerosas revistas especializadas y también, en coautoría, en libros como *¿Reformar o abolir el sistema penal?* (2015) y *Reflexiones constitucionales: a propósito de dos décadas de la constitución en Colombia* (2012).

que diga la autoridad. Tal vez admitamos por fin que otras restricciones —que conocemos ahora mejor por experiencia propia— distintas a la cárcel tradicional, sí pueden adquirir el sentido del castigo o funcionar como formas de mostrar repudio.

Para aprender algo, también podemos buscar afinidades con la reclusión de los *white collar prisoners*, es decir, con estos presos que no necesitan beneficios de detención domiciliaria porque tienen la cárcel —como tuvieron instituciones, sistemas financieros o ejércitos— bajo su control. Ellos suelen estar confinados, pero con pico y cédula (dicen que el contratista salía los lunes, el congresista los miércoles, el narco los fines de semana y el militar los jueves). Al parecer el confinamiento, también en la prisión, no es el mismo para todos. Y hay un sistema y unas personas que operan la selectividad. No es natural.

Y podemos finalmente buscar afinidades con los presos corrientes. Ya no personas con detención domiciliaria, ni presos de cuello blanco, sino delincuentes y presos ordinarios, pobres, delincuentes sin recursos destacables, chichipatos, pasilleros, desarrapados, ladronzuelos y ladronzuelas, viejos

confinar. De *confin*. **1. tr.** Desterrar a alguien, señalándole una residencia obligatoria. | **2. tr.** Recluir algo o a alguien dentro de límites. U. t. c. pml. | **3. intr.** lindar (|| estar contiguo).

con estafas de pacotilla, viejas que traficaron por mandato, inasistentes alimentarios, carritos, jíbaros, madres gestantes, discapacitados, enfermos, primerizos... gente común. Murieron 23 presos el 21 de marzo pasado; 83 más y 9 guardianes resultaron heridos. La noticia duró lo que el intento de fuga. Ni siquiera supimos de qué escapaban, si de la celda que no soportaban o del virus que avanza sobre la cárcel; si de la condena que

cumplían o de la enfermedad que se sumaría a la pena impuesta. A lo mejor trataban de evitar que el virus hiciera irrecuperable la libertad de abandono que ya conocían en detalle.

No es necesario considerar condiciones específicas de la cárcel ordinaria en Colombia para saber que la comparación en este caso es frustrante. Por eso enseña. Nada tiene en común el encierro general por la pandemia con el de esos presos. Primero, porque en la cuarentena el confinamiento trata de conjurar una amenaza de contagio y muerte que se cierne sobre cualquiera

de nosotros y aun sobre la especie. En cambio, la pérdida de la libertad de abandono de esos presos no previene nada, se trata básicamente de castigar. Segundo, porque científicos, políticos, artistas, sacerdotes, líderes y comunidades coinciden en la amenaza actual y en la conveniencia y utilidad del confinamiento general. En el caso de los presos, un juez y un fiscal coinciden en la responsabilidad de una persona. Punto.

Tercero, porque en esta cuarentena se prevén ya confinamientos inteligentes, salidas programadas según necesidades de la economía, actividades, vulnerabilidad y salud de las personas (sanos, contagiados o inmunes, supongo). En el caso de los presos, en cambio, una salida que discrimine —según ha dicho el fiscal general— es inconstitucional. Se arguye que la medida proyectada no incluye al sistema penal de responsabilidad para adolescentes, a los miembros de la Fuerza Pública y a los indígenas condenados a cargo del Inpec. Así que, según esto, para los presos aplica una *igualdad por lo bajo*; o lo que es lo mismo, el reclamo populista muy al uso de «todos o nadie» (que finalmente deja a todos con nada). Cuarto, porque la misma salida inteligente de la cuarentena pretende resolver una emergencia y evitar simultáneamente efectos nocivos de largo plazo. En el caso de los presos en cambio, la liberación inteligente —a juicio otra vez del fiscal— no procede porque se dirige a resolver un problema estructural y no una crisis coyuntural (es curioso el argumento, pero franco y elocuente).

Quinto, porque los prisioneros corren pocos riesgos de ser judicializados —otra vez— por incumplir protocolos de cuidado. En cambio, en el caso del confinamiento por la pandemia, la Fiscalía ha prometido ser implacable y llevar a la cárcel a quienes no cumplan las medidas de prevención (como si la Fiscalía pretendiera, ella sí, resolver un problema estructural y no una crisis coyuntural).

Y sexto, porque los presos han cometido algún delito, algo hicieron. En cambio, nosotros... bueno, bien, es posible, un día, sin querer, con un fin noble, obligados, fue circunstancial, pero no volvió a pasar, y pues, tal vez, es decir, en fin... uno no es así, como la gente que comete delitos, ¿no?

Para entender la libertad de abandono, no hay que esperar a que desaparezca. **ALMAMATER**

Nada tiene en común el encierro general por la pandemia con el de esos presos. Primero, porque en la cuarentena el confinamiento trata de conjurar una amenaza de contagio y muerte que se cierne sobre cualquiera de nosotros y aun sobre la especie. En cambio, la pérdida de la libertad de abandono de esos presos no previene nada, se trata básicamente de castigar.



SELNICH VIVAS HURTADO*

#AISLAMIENTO

¿Aislamiento?

Nunca estamos solas. Somos de hecho una confluencia y un trasegar incesantes de innumerables organismos que nos habitan y que habitamos, de tiempos lejanos y en tiempos venideros. En consecuencia, es imposible afirmar que, siquiera, por un instante, estamos separadas del tejido que constituye la vida. Es indudable: somos parte de la inconmensurabilidad cósmica, de las energías ocultas en el ayer, de las profundidades del olvido, de la sabiduría del relieve, de los sueños del pájaro. Pero una de las imaginaciones más apasionadas y menos estériles de la especie humana es suponer que ella requiere de la clasificación y posterior inferiorización de los astros, las especies, los países, los humanos, los sexos, las lenguas, las disciplinas.

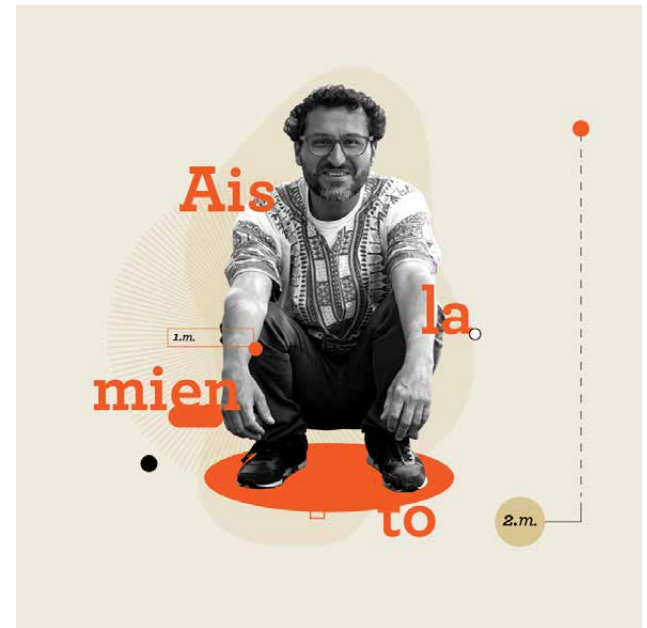
Exigir la separación entre el sujeto y el objeto, bajo el principio de la neutralidad científica, es quizás el ejemplo más ilustre de las grandes equivocaciones civilizatorias. Lo humano se asume como lo opuesto a la naturaleza. Con el fin de estudiarla, de apropiarse de ella, la nombra cosa. Lo uno y lo otro son, por supuesto, inadecuados. Conocer el mundo es imposible mientras nos sustraigamos de él; adueñarse de la Madre Tierra, lo ajeno, hace

insostenible la propia existencia dentro del planeta.

Queremos aislar el alma del cuerpo, la razón del sentimiento, la mujer del hombre, el enfermo del sano, pero ninguno de estos procedimientos, por bien intencionados que parezcan, alcanza su cometido. Por el contrario, incrementan la celebración de *ser juntas*. Una isla jamás está separada de las otras. Las islas de un archipiélago, los continentes, siempre están interconectadas, gracias al mar, al aire, a la tierra. El encierro en una isla es una condena al revés. Dimite con los mensajes venidos de todas partes del mundo; el viento y el oleaje son testigos del diálogo entre los alimentos. La memoria de las especies es testigo de nuestro parentesco con el murciélago y el pangolín. Solo la fe en la superioridad humana hace posible que olvidemos la fragilidad connatural que, por simple que resulte, se torna perceptible y a la vez preocupante justo cuando violentamos esos parentescos. Estamos separadas dentro del mundo.

Alejarnos del mundo nos recuerda que coexistimos biocentros. No hay ni una célula que esté fuera de relación con las moléculas del universo. Por diminutas e invisibles que sean esas partículas pueden arrebatarnos el aliento de vida.

Basta que nosotros contribuyamos a acelerar la destrucción de los ecosistemas y, por ende, a la supresión de las especies para que ellas emprendan su defensa. Cada ser, en fragilidad igual a la humana, reacciona con fuerza cuando se le despoja del derecho a la vida digna. Alterar las



configuraciones milenarias evidencia nuestra minoría de edad; restaurarlas y cuidarlas, nuestra grandeza.

Si el planeta nos invita a refugiarnos en el espacio interior es porque está cansado de los ritmos productivos devastadores. Tres meses atrás no hubiéramos dado crédito a cambios tan maravillosos y positivos. Bastó un «quédate en casa» para que nos diéramos cuenta de que, sin humanos en las calles, era posible concederle la transparencia al aire y la libertad a los animales. El refugiarnos en casa inoculó en todas nosotras un antídoto fulminante contra el consumismo. Nos devolvió la confianza en el afecto, el diálogo con las voces que nos habitan y la conciencia sobre el alimento sano. Aunque todavía falte mucho, aunque algunos enfermen por la imposibilidad de comprar compulsivamente, hoy sentimos que es necesario sembrar y compartir el alimento con el territorio, cuidar la pequeña parcela espiritual. Tales serán los innovadores principios del desarrollo futuro, comunitario: aislarnos para volvernos a conectar. **ALMAMATER**

aislamiento. 1. m. Acción y efecto de aislar. | 2. m. Sistema o dispositivo que impide la transmisión de la electricidad, el calor, el sonido, etc. | 3. m. Incomunicación, desamparo.

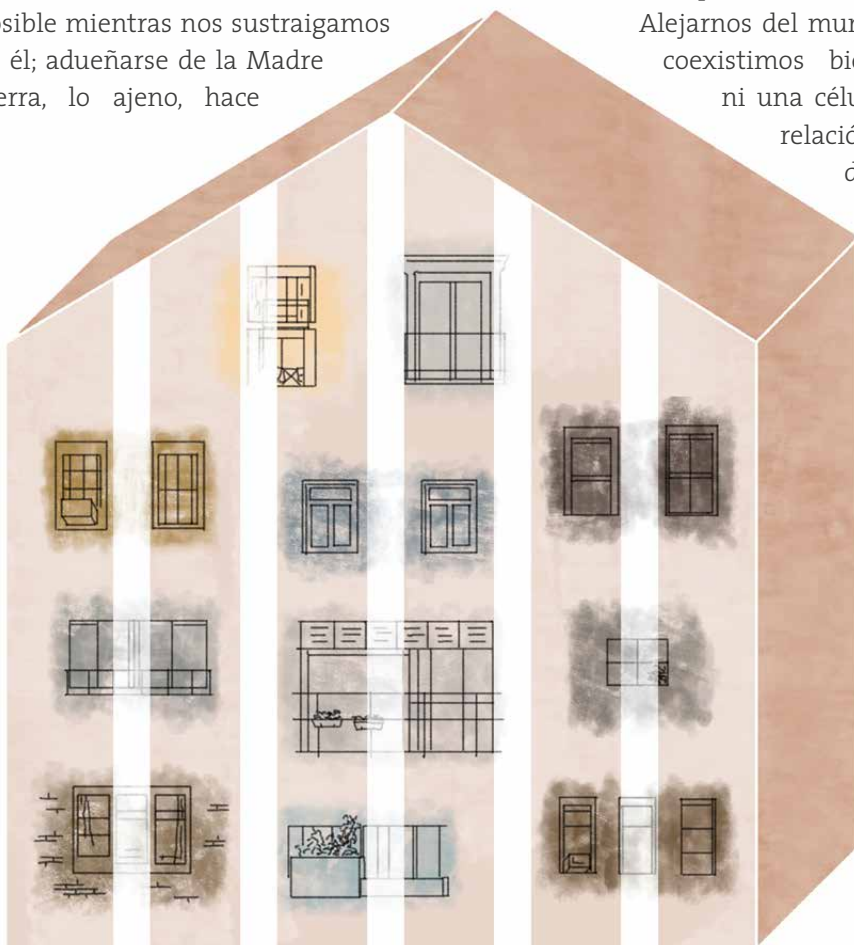


Ilustración: Andrea Henao Jaramillo



* Selnich Vivas Hurtado es poeta y profesor de literatura y, actualmente, es el director de la *Revista Universidad de Antioquia*. Estudió Literatura en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, y Lengua y Literatura Alemanas en la Universidad de Innsbruck, Austria. Se doctoró en la Universidad de Freiburg, Alemania. Es autor de varias obras de novela, cuento, poesía y ensayo; entre las más recientes, *Déjanos encontrar las palabras* (2012), que recibió en 2011 el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia.